



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10484

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 4 DE AGOSTO DE 1896.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

PAPEL DELESTADO

OPERACIONES AL CONTADO Y A FECHA
COMPRA VENTA
DE TODA CLASE DE VALORES
cotizables en las Bolsas
DE MADRID, PARIS Y LONDRES
CAMILO PEREZ LURBE
12 CASTELLINI, 12

Véase anuncio MODA Y ARTE en la tercera plana.

Las Madres de Zaragoza

Otra vez vuelven las prensas a imprimir noticias de las madres zaragozanas, de aquellas que hace días pidieron al gobernador permiso para realizar una manifestación en contra del envío de nuevas tropas a Cuba, y que habiéndoles negado aquél permiso, han realizado recientemente la manifestación sin permiso ninguno.

Otra vez los papeles públicos publican extensas reseñas del suceso y lo hacen por cumplir un deber de información más que por propio gusto.

Y otra vez, para disculpar un arrebatado, una obcecación del cariño natural se apela a la injuria. Es peor el remedio que la enfermedad.

Por que podrá mirarse el suceso de Zaragoza desde todos los puntos de vista que se quiera, menos desde uno. Decir que esas madres irreflexivas, pero madres al fin, obedecen a instigaciones del laborantismo, es simplemente calumnioso. ¿Es que alguien quiere justificar su imprevisión, achacando a los laborantes la manifestación de protesta?

Pues se echa tierra encima, por que la imprevisión puede tener disculpa, aunque leve, tratándose de hechos que no se preparan, que surgen espontáneamente; mas no la tiene, no puede tenerla desde el

momento en que se diga que existen trabajos de laborantes. Si existen, ¿porqué no se repiten? Si no existen ¿para qué se lanza esa especie calumniosa? Ante este dilema, no es fácil que contesten de modo satisfactorio los que se empeñan en no reconocer, el único móvil a que obedecen, las madres de Zaragoza, y que es el cariño, mejor ó peor sentido, hacia sus hijos. Y no se diga que renuncian ahora, en un momento a su historia brillantísima de heroísmo y abnegaciones. No se diga que no son estas madres de ahora de la misma raza de aquellas que defendieron la ciudad heroica en los dos sitios que la pusieron los franceses. Si, son de la misma raza. Lo que hay es que... no son las mismas las circunstancias. Trátese ahora de una guerra internacional, con los Estados-Unidos, por ejemplo, y esas mismas madres serían las primeras en empujar sus hijos a la guerra.

De modo que... omitimos las deducciones.

CALIXTO BALLESTEROS.

TIJERETAZOS

Sobre la cuestión de las madres zaragozanas dice «El Tiempo»:

«No tienen importancia estas manifestaciones, ni por la calidad, ni por el número de las que las componen.»

Importancia absoluta, no. Pero importancia relativa muy grande ¡vaya si la tiene!

Si se trata de centros filibusteros que trabajan sin que nadie los descubra, eso es bochornoso para la policía y para los españoles que la pagan.

Y si se trata de manifestaciones espontáneas es más bochornoso aun.

En lo que si estamos con firmeza con el colega es en que esos hechos no deben repetirse.

El mal ejemplo cunde y pudiera ocurrir y propagarse eso de Zaragoza.

Y sobre todo ¿qué se dirá de la capi-

tal zaragozana si siguen las mujeres volitando por las calles cosas que no están de acuerdo con el patriotismo del resto de España?

Los proyectos económicos siguen a la orden del día sin adelantar un paso. Y serán todo lo económicos que quiera el Sr. Navarro Reverter, pero le producen al ministro un derruche de sin sabores.

Eso sí, los comparte generosamente, como buen compañero, con el Sr. Castellano, para el cual tampoco son económicos en rabietas los proyectos económicos del Sr. Navarro.

A bien que pueden tener una esperanza.

La de que la discusión terminará antes de que el ángel llame a juicio final con la consalida trompeta.

Dice un periódico que el gobierno ha desistido de elevar el impuesto de consumos.

Claro, aumentar ese impuesto es matar a los españoles matando de paso la renta.

Y ante la eventualidad de quedarse sin tener a quien aplicar el impuesto ¿qué había de hacer el Sr. Navarro?

Lo que ha hecho: recoger velas.

SEAMOS JUSTOS

Llevamos diez días de feria, tiempo abonado para las raterías de todo género, y sin embargo, apenas ha ocurrido algún que otro lustrero, cuyos autores no han gozado mucho tiempo en libertad el fruto de sus rapiñas.

Hace algunos días le robaron a una pobre mujer, en la feria, unas perlas que llevaba en la punta de un pañuelo y el autor del hurto no gozó mucho tiempo el fruto de sus rapiñas, pues algunas horas después cayó en poder del señor Soto que no tardó en ponerlo a disposición del juez. Lo mismo ha ocurrido con un rata que hace algunas noches le extrajo a un individuo una cartera del bolsillo. El célebre Cabezas, compañero del no menos célebre Ciri, que fué el autor y ejecutor de dicha obra, ha caído también en poder de los guardias de vigilancia y, al menos por este año, no recogerá en esta población la cosecha de

relojes, carteras y demás objetos de valor que se prometería al encamiar sus pasos a esta ciudad. Realmente esos dos hechos no tienen importancia comparados con los numerosos que han ocurrido otros años por este tiempo.

En cuanto a riñas no sabemos de ningún lance que haya traspasado los límites de la disputa. La gente se ha divertido sin que nadie la moleste y sin temor a ser robada.

La causa principal de lo primero cae en totalidad imputable al buen carácter de este pueblo que sabe divertirse. Lo segundo es debido a la policía, que ha estado incansable en el cumplimiento de su deber, vigilando sin cesar y multiplicándose, para suplir con un exceso de actividad el número escaso de individuos destinado a la vigilancia de la población.

La estación del ferrocarril, la del tranvía, la plaza de toros, la feria, los coches del tranvía urbano, las calles de la ciudad y todos los sitios a donde la gente afluye y se agrupa por cualquier motivo, los hemos visto vigilados por los agentes de vigilancia, por la guardia civil ó por la municipal y donde quiera que se ha cometido una falta allí ha estado la policía para corregirla; y donde quiera que ha habido la sospecha de que se intentaba un delito, allí han estado los agentes de la autoridad para evitarlo.

Por eso los hurtos no han pasado de dos ó tres y no han quedado impunes.

Y por esos felices resultados de tan activa campaña escribimos estas líneas en elogio de la policía de Cartagena.



TOROS

TERCERA CORRIDA

Ya llega la hora: vamos a la fiesta; veremos si cumple, como el pueblo espera, la gente que peina tufos y coleta. Veremos si Vargas, al público muestra, su gracia, su arrojo,

su sal y costera; veremos si «Fallo» es solo fachenda, ó si es de los chicos con saugra torera; veremos... más basta; que empieza la fiesta y ya «Romerito» sale por la puerta.

El tal «Romerito» está señalado en los costillares con el número 6 y es negro, grande y de buena presencia. De salida remata en los tableros. Entran en suerte los ginetes, que le rajan siete veces, recibiendo sendos porrazos y dejándole 6 penas.

El toro muy bravo y de cabeza. Los matadores oportunos y listos en quites.

Parcan regularmente «Antolín y Novevas» haciendo D. Ramón, que preside, la señal de muerte. (Brega).

Brinda «Minuto», de verde y oro en sus vestiduras, y dá algunos pasos con inteligencia, si bien desde lejos y muy movidos.

Entre a matar al hilo de las tablas y solo deja media estocada algo delantera. Muleta de nuevo y, por fin, a más de banderillas, esconde el estoque en el «Romerito». Un magnífico des-cabello a pulso, basta para que siga palmas.

SEGUNDO

Atende por «Noruega». Castaño y al go más chico que el anterior, sale con muchos piés, que «Fallo» para con cuatro verdaderas regalaras. Se encara cinco veces con los garrochistas y los hace descender con estrépito.

En un quite al «Turnero», que está al descubierto, entra «Minuto» bastante oportuno, puesto que hay exposición y solo pretende el matador lucirse con un gallo que no resultó.

Se encargan, más tarde, las mulillas de arrastrar los dos bultos que el toro deja en el ruedo.

Los jóvenes de «Fallo» parcan, siempre al cuarteo, y el simpático diestro, después de cumplir con D. Ramón, pasa desde cerca y consintiendo. Fucha en hueso, repite con la muleta, por natural, dos redondos y uno de pecho dejándose ir con una buena.

Intenta el descabello y no acierta. El toro dobla.

El puntillero, al primer golpe. Palmas y la oreja.

timore en aquella misma mañana, había tomado el tiburí del señor Merton, más conveniente, en efecto, que cualquiera otro carruaje más pomposo y más pesado, para andar por unos caminos transversales que conducían a la morada del almirante. Cuando Var grave se colocaba en el ligero equipaje al lado de su criado, dijo con risa.

—Al verme en esta chalupa de aspirante, en este vehículo de dos ruedas en que la velocidad compensa la magestad, creo ser todavía aquel pobre diablo de Lumley Ferrers.

Y cuando Lumley se expresaba así manifestaba en su cara tanta bondad natural y tan franca alegría, que Maltravers no concebía como aquel hombre había podido desenvolver cinco minutos antes las ideas del intriguante más viejo de corazón y de alma que hubiese abortado nunca el bauprés de la ambición.

Luego que se marchó, dejó Maltravers a Cleveland escribiendo sus cartas (Cleveland era un correspondiente ejemplar y voluminoso), y se fué con sus perros a dar una vuelta por la aldea. El efecto de su presencia sobre los aldeanos siempre alcanzaba a templar, a calmar sus pensamientos más aceros, más tumultuosos.

Estos aldeanos habían conocido con el golpe de vista penetrante del pobre, que Maltravers era justo, cualidad más bella que otras muchas, que en la apa-

nas ideas penosas, ya de lo pasado, ya de lo presente. Mas la penetración de Maltravers supo descubrir bien pronto algo que justificaba sus prevenciones contra Lumley.

La conversación casi constante sostenida por este último y Cleveland, recayó sobre las cuestiones políticas del día, y como estos señores eran enteramente opuestos uno al otro, al exponer sus miras y sus motivos mostró tan a las claras la pata del cazador de grandes empleos, que hubiera provocado la cólera de cualquier hombre tocado del «Don Quijotismo» político, de cuyo maná generoso aun no se había curado enteramente Maltravers. El prestaba oídos en medio de una confusión singular de sentimientos; unas veces se felicitaba por haber abandonado una carrera en que semejantes opiniones podían tener buen éxito; otras veces, poseído de una justa indignación se despertaba en él el ardor de los combates, por largo tiempo adormecido, y casi le forzaba a ciliar menos con pesar, la arena sublime donde la verdad puede ser defendida, donde pueden servirse los grandes intereses de la humanidad.

Esta entretención no pudo volver a anular la intimidad que Vargrave parecía desear restablecer, y Maltravers se regocijó de que el hombre de elevado empleo, se despidiera al fin.

Teniendo intenciones Lumley de visitar a lord Dol-

meron diez años más; podría tener algunas esperanzas de suplantar a tu antiguo amigo.

—Entonces me consideras también demastado viejo para amante?

—Para amante de una niña de diez y siete años, no hay duda. Tú pareces muy delirado sobre la edad, Ernesto.

—En verdad que no, dijo Maltravers riéndose.

—No! bien está. Se encuentra allí un oficial joven que, en realidad sería un rival peligroso para Vargrave; es el coronel Legard, uno de los hombres más hermosos que haya visto en toda mi vida. Justamente con el género de facciones y de expresión propiamente haberle perder el juicio a una muchacha salvaje; es una mezcla de elegancia cortés y arrogancia selvática, unos bucles negros, unos ojos soberbios y las maneras más amables. Se conoce que ha pasado su vida en las mejores sociedades. No es lo mismo su amigo lord Dolimore que conserva, a mi entender, una tintura demasiado fuerte del tono de los teatros (entre bastidores) y cafés de París.

—Dolimore, Legard, nombres desconocidos para mí, nunca les he visto en el presbiterio.

—Así será; ellos están ahora en casa del almirante Legard, en esta vecindad; mis Merton les ha conocido en Kuaradnan. Una buena señora anciana que responde por el nombre monocelido de Hare y que en